

SERMON

predicado por

Fray Manuel de la Visitacion Tamayo,

el 1.º de Enero de 1882, con motivo de la solemne funcion que hacen los individuos de uno y otro sexo, que pertenecen á la Asociacion

de la VELA PERPETUA,

canónicamente erigida en la Iglesia Parroquial de Orizava.

A LA GRATA MEMORIA DE MIS VIRTUOSOS PADRES.

HUMILDE OFRENDA DE FILIAL RESPETO.

Cibum . . . quem filius hominis dabit vobis.

El manjar . . . que el Hijo del hombre os dará en alimento.

S. Juan, cap. 6.

¿Qué es esto, amados míos? ¿Qué es lo que descubren mis ojos en ese tabernáculo sagrado, objeto de vuestras adoraciones y del amor mas encendido de vuestros corazones? ¡Este es el Hijo del Altísimo, que de las altu-

ras del cielo descendió al immaculado seno de la mas pura de las vírgenes; que de allí salió á la luz del mundo en Belen, para recibir los sencillos homenajes de los pastores y los místicos dones de los reyes de Oriente; que de Belen corrió hasta el templo de Jerusalem para ser presentado al Eterno Padre, en olor de suavidad por las virginales manos de Maria, y por las santificadas del anciano Simeon; que de Jerusalem marchó al Egipto; del Egipto á Nazaret; de Nazaret al desierto; y del desierto á predicar á las turbas, á decirles palabras de verdad y vida eterna; á obrar los mas insignes milagros; y despues á morir en las duras rocas del Calvario y derramar su preciosa y bendita sangre sobre el afrentoso madero de la Cruz por la salvacion del hombre?..... ¿Con que este Señor que obra tan grandes maravillas, es el mismo que en estos momentos estamos adorando sobre nuestros altares? Pero, ¿cómo puede ser esto? ¡Pues qué, este divino Salvador no se subió á los cielos desde la montaña santa del Olivete, en presencia de su Madre Santísima, de ciento veinte discípulos y de las piadosas mujeres que le habian acompañado en la gloriosa carrera de su vida? (1) Pues entónces, ¿cómo es que ahora con inefable consuelo de nuestras almas, le adoramos en ese tabernáculo sagrado, donde se esparcen los mas preciosos aromas en su honor, y los cristianos todos se han congregado al rededor de su sacratísimo Cuerpo, segun el mismo Señor lo habia pronosticado, cuando dijo: "Que en donde estuviera su Cuerpo, allí se congregarian los fieles como si fueran águilas generosas?" (2)

Sí, no tiene duda: vosotros sabeis muy bien que el Jueves de la Cena, ántes de que los judios lo inmolasen por la salud del mundo en el árbol santo de la Cruz; á la manera que un Padre amoroso próximo á morir, reparte generosamente á sus hijos lo mejor y lo más exquisito de

(1) Hechos de los apóstoles, cap. 1.º

(2) S. Mateo, cap. 24.

sus tesoros, como última prueba del encendido amor que les profesa, así nuestro amabilísimo Jesus, no teniendo otra prenda de mas valor que dejarnos en su testamento, que dársenos á sí mismo: con «*aquel poder inefable*» que habia recibido de su Padre celestial, nos dejó su Cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, su humanidad y todo cuanto es, como nos lo enseña la fé: todo nos lo dejó para nuestra utilidad y provecho, como un manjar delicado para nuestro sustento y para saciar el hambre angustiosa que nos aquejara. *Cibum.....etc.*

He indicado el asunto de mi discurso. «*Jesucristo, quedándose con nosotros en este divino Sacramento, ha querido alimentarnos con un manjar generoso, para que en adelante no deseáramos las viandas peligrosas de los deleites de este mundo.*»

¡Divina Maria! A tí dirijo mis lánguidas pupilas, para que tú, que sabes muy bien las intenciones con que tu Santísimo Hijo se quedó en nuestros altares, oculto bajo los cándidos accidentes de pan y vino, me inspires conceptos y expresiones que enciendan en las llamas del amor divino, el corazón de mis oyentes. Esta es la gracia que humildemente vengo á pedirte saludándote con el ángel. Dios te salve Maria.

No hay, amados míos, inclinacion mas profundamente grabada en el corazón humano, que el deseo de semejar-se á Dios; porque conociendo el hombre su propia debilidad y su miseria, y no faltándole luces para encontrar en la Divinidad un abismo de grandeza, un océano insondable de todos los bienes, nada mas natural que apeteecer una trasformacion que eleve su naturaleza hasta

un grado, por decirlo así, infinito, y la indemniza de las condiciones defectibles de su ser, uniéndole á *Aquel* que por sí mismo es único, excelso, grande y esencialmente grande.

Por esto Satanás, que aunque perdió la gracia no perdió la ciencia, queriendo seducir á los primeros felices colonos del Paraíso, les expuso falsamente que llegarían á la misma semejanza con Dios, que abordarian hasta la plenitud del Ser divino si comían del fruto que el Señor les habia prohibido. «Seréis como dioses, les dijo, si gustais de esa fruta que el Señor os ha vedado.» (1) Ved aquí, amados míos, el ardid maligno del espíritu infernal, queriendo encubrir con la capa del bien el mayor de los atentados que debia hacer infelices á nuestros primeros padres y á toda su numerosa descendencia.

Pero ¡oh bondad inmensa del Señor! ¡oh sabiduría infinita del Criador! Por los mismos pasos que el enemigo de la humanidad intentaba su perdicion, por igual camino pretende la Providencia divina sacar al hombre del abismo de males en que voluntariamente se habia sumergido, y darle los medios oportunos para elevarlo al cúmulo de toda grandeza, de toda felicidad.

El hombre queria ser semejante á Dios, queria elevarse al apogeo de toda sublimidad, de toda gloria; pero el camino que debia dirigirlo á tan alto fin, debia ser en todo distinto del que el demonio le propusiera. Dios, en efecto, amaba al hombre: ni podia ser de otra manera, puesto que el hombre es obra suya, como que es el barro que El modeló con sus manos; y esta es la razon porque Dios se hace semejante al hombre. Y como el hombre, dice el apóstol S. Pablo, (2) esta obra de predileccion, este hijo querido del Verbo que formó él mismo con sus manos, con tanta complacencia y con tanto amor, no es

(1) Génesis, cap. 3.

(2) Hebreos, cap. 2.

mas que carne y sangre, unidas á una alma intelectiva; este divino Verbo quiso tomar tambien no solo una alma intelectiva, sino la misma carne y la misma sangre del hombre, á fin de parecerse al hombre, de identificarse con el hombre, y de ser hombre, sin dejar de ser Dios; y á fin de que el hombre, como dice S. Agustin, se hiciese Dios é hijo de Dios, así como Dios se hizo hombre é hijo del hombre: y que la identidad y semejanza entre Dios y el hombre fuese en lo posible completa y perfecta. (1)

Ved aquí por qué el Señor, queriendo realizar en el tiempo aquel pensamiento eterno que tenia grabado en su mente divina, habiendo venido al mundo como dice S. Juan, "á destruir las obras del demonio y contrahacer sus maliciosas astucias;" si él pretendió sumergir en el fondo del abismo á nuestros primeros padres por medio de la funesta manzana que para ellos fué bocado de muerte; Jesucristo Señor Nuestro quiere darnos su mismo Cuerpo, su misma Sangre, encubiertos bajo los accidentes de pan y vino, para que alcancemos la salud eterna y la verdadera vida.

Trasportaos, amados míos, en espíritu al cenáculo de Jerusalem. Recordad aquella noche dichosa en que Jesucristo celebró la última cena con sus apóstoles: mirad su corazón inflamado por las llamas del mas vivo amor: contemplad su actitud por una parte imponente y magistosa, por otra llena de amor y ternura, con que tomando en sus santas y venerables manos, primero el pan, luego el cáliz con vino, y pronunciando las cinco celestiales palabras significativas de aquella admirable *transustanciación* que iba á realizar, el pan se convierte en su sagrado Cuerpo y el vino en su sangre preciosa. Asombróse el cielo, maravillóse la tierra, temblaron los infernos al eco de aquellas palabras soberanas, destructoras de la satánica malicia. Aquellas especies consagradas no son un lazo para perder al hombre, como lo fué la fruta

(1) Padre Ventura. Armonías de la Eucaristía.

ponzoñosa con que el mortal enemigo de nuestras almas nos brindó en el Paraiso. Aquel manjar delicioso no lo trasmutamos nosotros, no lo trasformamos en nuestro cuerpo y sangre, como lo hacemos con los demás alimentos. El Dios de las eternidades contenido en aquellas sacrosantas especies de pan y vino, es el que nos transforma en sí mismo; y nosotros no lo mudamos, no lo alteramos como lo hacemos con los otros manjares. Por eso, en cierta ocasion, dijo este divino Señor al glorioso Augustino: "Soy manjar de grandes. No me mudarás en tí: soy yo el que he de trasformarte en mí mismo."

¡Feliz invencion del Hijo del Altísimo, cuyo glorioso efecto de trasformarnos en su espíritu, de revestirnos de sus virtudes, de hacernos conforme á la voluntad de su Padre celestial, lo han experimentado en todos los siglos aquellas almas generosas que acercándose al soberano altar con las disposiciones debidas, se elevan sobre sí mismas, se divinizan y se hacen una misma cosa, con aquel gran Dios que bajó del cielo para hacernos semejantes á sí mismo! Porque en efecto: el que recibió á Dios; el que participa de su carne y de su sangre; el que toma un bocado celestial; ¿en qué ha de trasformarse sino en el Dios de las virtudes; en el Hijo del Altísimo, en aquel Señor que para destruir las obras del demonio quiso dársenos en alimento?

De ahí es que las almas nutridas con ese alimento vivífico le hablan á Dios con el dulce lenguaje del amor; se entregan á los mas sublimes trasportes de ternura, con respecto al Dios Eucarístico, con un gozo tanto mas vivo, con un abandono tanto mas completo, cuanto que no teniendo por objeto mas que á Dios, el ser infinito y perfecto, el ser mas homogéneo á la naturaleza del hombre, el ser mas legitimo de sus afecciones y de sus deseos; estos movimientos y estos actos (1) no pueden provenir de otro principio sino de la union misma con aquel Señor á quien se han unido al pié de los altares. ¡Feliz

(1) Padre Ventura, obra citada.

Teresa, gloriosa madre mía, que saboreada con las dulzuras del pan del cielo, no hablabas mas que de tu Dios, no hacías otra cosa que pensar en El, y hubo ocasion, que mas dichosa que los espíritus angélicos, hallaste llena tu boca y teñidos tus lábios, con la sangre preciosísima del Cordero sin mancilla. (1)

Convengamos, pues, en que el propio efecto de este Sacramento es alimentar el alma y nutrirla en la virtud, en la perfeccion y en la santidad. No era así en otro tiempo, época muy distante y diferente de la nuestra. Entonces los hombres sentían la misma necesidad que ahora nos aqueja, de un esforzado alimento que fortaleciese su espíritu; de un confortativo que asegurase su estabilidad en el camino del Señor; y no tenían otro mas que los buenos ejemplos de los Patriarcas; los subsidiarios recursos que el Señor les había dado en el arca de la alianza, el propiciatorio de oro; en los sacrificios de diversas especies; en los ritos y ceremonias del culto. Mas todo esto era un culto muerto, por decirlo así, una devoción sin jugo, árida, seca, y que apenas animaba á los angustiados israelitas. Por eso se dejaban llevar del ímpetu de sus pasiones, sin tener un correctivo, un freno que los sujetase y rindiese del todo. ¿No veis, amados míos, aquel espíritu movedido como el viento, que animaba al pueblo hebreo que á cada momento se rebelaba contra Moisés, desconocía su autoridad, y poco le faltaba para rebelarse contra el Dios de sus padres que los había libertado de la dura servidumbre de Faraon? ¿No veis en ellos aquella propension decidida de adorar las deidades extranjeras, á Baal, Belcebú, Belfegor y otras semejantes, sin que los mas severos castigos que del cielo venían sobre ellos, pudieran poner á raya aquella funesta propension que habían sacado en su larga permanencia en la tierra de Egipto? De aquí esa inclinacion funesta á

(1) En los escritos de la santa que están al fin de su vida, citados por el Padre Maestro fray Luis de Leon.

las alianzas matrimoniales con mujeres extranjeras, á los ritos idolátricos, á la insubordinacion, al orgullo y al ningún amor al Dios que los había preferido sobre todas las naciones de la tierra. Sin embargo, veréis en los justos que reinaron en aquella época, una elevacion de ideas, un continuo conato para subir á Dios, lágrimas y tristeza porque no podían unirse íntimamente al que era centro de su amor y objeto de sus mas tiernas delicias.

«Esta hambre violenta, esta sed ardiente de Dios,» que no podían saciar por falta del verdadero nutrimento del alma, que no tenían á mano, les hacía exclamar á grandes voces: «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea unirse contigo y trasformarse enteramente en tí.» (1) «Este alimento sustancial, este alimento divino, este pan misterioso, es el que pedían con sus gritos y sus llantos aquellos niños de que habla el Profeta, es decir, los hombres ántes de la venida del Hijo de Dios á habitar entre nosotros, y que nadie pudo jamás proporcionarles: «Los niños pidieron pan, y no había quien se los partiera.» (2) Los cultos idolátricos no ofrecían al hombre mas que pan empapado en la sangre de sacrificios infames, pan emponzoñado» (3) que lacera- ba hasta las mismas entrañas, que muy léjos de unirlos á Dios, los separaba más y más de Dios, de la comunicacion y trato con Dios.

Es verdad que el Dios que había llamado con especial vocacion á los judíos para que fuera un pueblo figurativo y preparase la comunicacion no interrumpida y el comercio vital que tenemos con nuestro Dios, había establecido una alianza particular que no era conocida de la pobre gentilidad que habitaba lo restante del orbe y hablaba con aquellos por medio de sus patriarcas, de sus

(1) Psalm. 61.

(2) Thren. 4.

(3) Padre Ventura, obra citada.

profetas, del arca del testamento que caminaba siempre con ellos y en medio de ellos residía. El maná era la figura mas expresiva de la Eucaristía; pero acaso únicamente los mas ilustrados de aquel pueblo, penetraban todo el fondo de aquella representacion misteriosa. A los demás les daba en cara y les repugnaba hasta el grado de desear mejor en su lugar los ajos y las cebollas de Egipto. Así pues, la manducacion del Cordero, los panes de proposicion y los restos de las victimas ofrecidas á Dios, eran, en cierto modo, como un suplemento, como una sombra del gran Sacramento que adoramos en nuestros altares. De ahí viene que entusiasmados con aquellos favores, como niños que se contentan con el oro pel á falta de oro verdadero, exclamaban con el mas grande entusiasmo: «No hay en el mundo nacion alguna mas privilegiada que la nuestra; porque ninguna está tan cerca de sus Dioses, ni tan unida á ellos, como nosotros lo estamos del nuestro: él está siempre en medio de nosotros, con nosotros y en nosotros, escuchando nuestras oraciones y satisfaciendo todas nuestras necesidades. (1)

Por estas sublimes expresiones, este divino entusiasmo con que hablan los israelitas, es mas propio del hijo de la mujer libre que del hijo de la esclava: ni suena tan bien en los labios de un israelita, como en los del cristiano que adora realmente sobre el altar santo al mismo á quien tributan homenaje los ángeles en el cielo. Los accidentes del pan nos ocultan el rostro de nuestro Dios; los del vino nos impiden ver aquella sangre divina que en la cima del Calvario corrió á torrentes por nuestra salud. Pero aquel Cuerpo, aquella sangre que adoramos ocultos bajo el velo de los accidentes, son los mismos que se encuentran en la persona de Nuestro Señor Jesucristo, que reside en las alturas del cielo. Ya se acabaron las sombras, ya se abolieron las figuras; la verdad de la palabra de Jesucristo triunfa y triunfará siempre,

(1) Denther. 4.

á pesar de los desahogos de los protestantes, de los calvinistas y de todo heterodoxo que tiene la desgracia de vivir separado de la Santa Iglesia Católica. El amor de Jesucristo triunfó de todos los obstáculos, venció todos los imposibles ó hizo cesar todo género de dificultades. El mismo Dios que en el cielo ven descubierto los ángeles, nosotros lo adoramos en nuestros altares, cubierto bajo la modesta cortina de los accidentes. Jesucristo baja del cielo á la tierra; del trono de gloria en que está sentado á la diestra de su Padre, sin pasar por el medio, Jesucristo se encuentra á un mismo tiempo en el cielo y en la tierra: se encuentra en toda la hostia y en cualquier partícula: se halla simultáneamente en infinitos lugares de todo el orbe cristiano. Todo un Dios obedece á cualquier sacerdote que pronuncia las palabras santas de la consagración, con mas propiedad que el sol obedeció la voz de Josué cuando lo detuvo en la mitad de su carrera. (1) Los accidentes de pan y vino, se hallan sin sugeto que los sustente. Un cuerpo de considerable magnitud está realmente en toda la hostia y en cualquier punto de ella.

Pero ¿para qué me detengo en la enumeracion de estas maravillas, cuando se cuentan hasta treinta y seis milagros que se obran en nuestros altares, á la proclacion de las palabras consecrativas? Nosotros podremos decir como la Esposa de los Cantares: «Nuestro amado viene desde la altura de los cielos, venciendo montes de imposibles, saltando collados de dificultades.» (2) A esto le obliga nuestro amor, y la palabra que nos dió «de permanecer con nosotros hasta la consumacion de los siglos.» (3)

Bien se conoce la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía, por los efectos singulares y altamente prodigiosos que ha obrado en

(1) Josué, cap. 10.

(2) Cantar de los Cantares, cap. 2.

(3) S. Mateo, cap. 28.

las almas de los que santa y devotamente lo reciben. ¿Cómo era posible que los mártires sufriesen los potros, los ecúleos, las llamas de fuego, las ruedas de navajas y todos los tormentos que el demonio sugería á los tiranos para probar la paciencia inalterable y la constancia en la fé de los confesores de Jesucristo, si no hubieran estado fortalecidos con el alimento celestial, con el pan de la vida, (1) del cuerpo y sangre del Salvador? ¿Cómo los primeros cristianos se ejercitaban en unas virtudes tan heroicas, mas propias de ángeles que de hombres, si no porque la carne y sangre del Señor que recibían diariamente, robustecían su espíritu, para seguir sin interrupcion el camino de la mas rigurosa y severa penitencia? ¿Cómo los santos ermitaños que habitaban en los yermos, en las soledades, expuestos á las inclemencias del tiempo, á los ardores del sol, á las molestias de la lluvia, vestidos de cilicio y sustentados con el pan de la angustia y de la amargura, sufrían con tranquilidad perfecta, con paz inalterable y alegría santa todas estas austeridades, sino porque el pan del cielo les daba el vigor y la fuerza que la debilidad de la carne no podia tener por sí misma?

Si, amados míos, no hay que dudarlo: aquel pan subcinericio que tomó Elías, ministrándose un ángel del cielo, (2) cuando huía presuroso de las iras de la impía Jesabel, con el que se confortó para correr sin intermision por espacio de cuarenta dias, hasta llegar al monte de Dios Horeb, manifestó bajo aquel símbolo, el esfuerzo y el vigor que da el pan Eucarístico á las almas dichosas que lo reciben con las debidas disposiciones, para llegar hasta el monte santo de la perfeccion.

Ni me repongais, amados míos, que ahora no vemos semejantes prodigios; que la cristiandad casi se encuentra en la última agonía; que nos hallamos en los tiempos pronosticados por el Salvador cuando dijo: «Que cuando viniere el Hijo de Dios á juzgar al mundo, apenas en-

(1) Eecli. 15.

(2) Libro 3.º de los Reyes, cap. 19.

contraria fé en la tierra.» (1) Pues qué, ¿no tenemos ahora para nuestro alimento el mismo pan de vida eterna que gustaron los primeros defensores del cristianismo? ¿No es el Salvador del mundo que reside en nuestros altares, el mismo que el que se hallaba en los primitivos tiempos en la Iglesia de los cristianos? ¿Pues cómo ahora este pan sobrenatural no obra los mismos efectos, no concede las mismas gracias, que en otras épocas eran mas frecuentes y familiares?...

No creais, amados míos, que sea muy difícil dar una convincente solucion á una objecion que puede presentarse con demasiado esfuerzo y vigor; ántes por el contrario, es una prueba muy evidente de la verdad que hemos sostenido. ¿No veis, amados míos, que el uso de ese alimento divino, no es ahora tan frecuente como en los primitivos tiempos? Por que ha cesado el uso de la fraccion del pan, y la frecuencia de la santa comunión, por esto se halla el cristianismo lánguido, exhausto de fuerzas y sin vigor para resistir á las asechanzas del inferno. Acaso la falta de disposicion en los que le reciben, es la causa del poco efecto que produce. Además, ¿cómo sabemos nosotros la multitud de almas que por muchos años permanecen en la gracia y amistad de Dios, resistiendo valerosamente á las seducciones del mundo, á las tentaciones de la carne y á todos los asaltos del inferno?...

Ved si nó, en confirmacion de esta verdad, esa pléyade santa de vírgenes consagradas al Señor, que con valor invencible, con una heroicidad propia de mejores tiempos y habiendo sido lanzadas reiteradas veces de sus pacíficas moradas por la malhadada mano de la *Reforma*, han cumplido siempre con la difícil y austera regla que profesaron al pié de los altares, sostenidas únicamente por el espíritu y fervor que les comunica la frecuente participacion del augusto Sacramento de la Eucaristía. La sangre divina del Cordero sin mancilla que sostuvo á

(1) S. Ldcas. cap. 18.

los primeros cristianos en medio de las persecuciones y los martirios, sostiene igualmente á las hijas de la seráfica reformadora del Carmelo, de Francisco de Asis y de Domingo de Guzman, para llevar en estos dias de tribulacion y prueba, el peso de la observancia religiosa, con edificacion de los fieles, aprovechamiento de sus almas y glorificacion del Altísimo.

Y vosotros todos, los que pertenecéis á la Asociacion de la Vela perpétua, ya que al modo de los sesenta valientes de los mas fuertes de Israel, que rodean el lecho de Salomon; (1) vosotros, que fuertes en la fé, velais el lecho florido del divino Salomon, adorándole y desagraviándole de las muchas ofensas que recibe por parte de los impíos y los falsos cristianos, pedidle con todo el fervor de vuestra alma, que retire de la santa Iglesia de México el soplo maligno del infierno, que perverte los corazones de los fieles, y haga correr dulcemente el aura suave del divino Espiritu; que nos mantenga sin vacilar en las doctrinas de la fé, que son las únicas que pueden hacernos felices en el tiempo, felices en la eternidad.

Si, dulce Jesus, Redentor amable de nuestras almas, que por un efecto de tu bondad y misericordia has querido permanecer en medio de nosotros hasta el último dia de los siglos, bajo las especies de pan y vino, en ese adorable Sacramento; recibe, Señor, el afecto de tus fieles, la fé y devocion con que te adoran, lo mismo que si te vieran con sus ojos, revestido de nuestra carne: sosten su fé, aumenta su esperanza, vivifica su amor, para que amándote en esta vida como te amaron S. Juan y la Magdalena, merezcan alabarte y gozarte en la otra.

(1) Cantar de los Cantares, cap. 3.



SERMON

DE LA FESTIVIDAD DE CORPUS,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO EN EL AÑO DE 1859, POR EL

Sr. Dr.

D. D. Guadalupe Romero

Canónigo de la Catedral de Morelia.

Sanctificavitur altare in gloria mea.

Exo. c. 29, v. 43.

Entre las cosas santas que la religion nos manda adorar, ¿cuál de todas ellas puede escender en mérito y dignidad al augusto misterio, que con cultos muy especiales veneramos hoy? Jesucristo, hombre Dios, real y verdaderamente oculto entre las paredes del pan y del vino, sin que falte á su humanidad sacrosanta un solo dote, ni á su divinidad una sola excelencia ó perfeccion, es el ob-